

APUNTES SOBRE LITERATURA ANTIOQUEÑA

Al Dr. Guillermo Jaramillo.

La Revolución Francesa, hija del enciclopedismo del siglo XVIII, conmovió todas las fibras de la humanidad: al tiempo en que vacilaban, en las sienes de los monarcas, las coronas, cambiaban las artes, despertaban las ciencias, no siempre bien encaminadas, sobre todo las filosóficas, y la estrategia llegaba a su culminación al bote de la espada de Napoleón; la poesía embocó la trompa épica, y algo como una llamarada iluminó el orbe, con siniestros reflejos a veces y otras alumbrando con aúoras de libertad a muchos pueblos que yacían en las sombras.

A hurtadillas habían entrado en América las nuevas ideas; el Gobierno español, sin quererlo quizás, fomentó el cambio que había de verificarse; la creación de la Real Expedición Botánica hizo que, en torno de ese sacerdote de Dios y de la ciencia que se llamó José Celestino Mutis, se congregaran los eximios varones que no muy tarde habían de trocar la pluma por la espada y que, con la misma ansia con que buscaban una planta, indagaran el lugar de combate; por eso el sabio payanés que atisbaba el orto de las estrellas en el Observatorio de Santafé, fortificó lugares o fundió cañones, para ascender luego, coronado por los mirtos y flores de la selva, al cadalso adonde le llevó la incompen-sión

de los agentes de un rey apático é inepto. Fue entonces la ciencia precursora de lalibertad. ¡Oh santa luz, bendita sea!, — podemos exclamar con Milton.

Justo es confesar que se ha exagerado mucho aquello de los tres siglos de la ignorancia colonial; no podía ser tan impropicio un medio ambiente en que se formaron Bello y Luis Ustáriz en Venezuela; Torres, Nariño, Zea y Caldas en la Nueva Granada. En la historia es ya indiscutible la ley de la casualidad; Taine la demostró y los hechos diarios la comprueban. Sabiamente dice José María Vergara y Vergara que “el hombre cultiva en sí mismo el germen de las generaciones futuras: el que explota solamente las fuerzas físicas y las pasiones rudas tendrá por biznieto un bárbaro. El abuelo de Newton hizo algo en su espíritu para que naciera en su raza aquel genio.”

Era ya Caracas desde fines de la décima octava centuria una ciudad abierta al progreso intelectual del mundo; abundaban allí los centros literarios donde se rendía culto a las musas. En casa de su discípulo y amigo Simón Bolívar, leyó D. Andrés Bello, reputado como el primer latino de su ciudad natal, la traducción del libro V de la Eneida y la Zúlima de Voltaire, trabajo el último que, según se dice, fue justa y severamente criticado por el que más tarde habría de ser el Aquiles que analizara con profunda sagacidad y acierto el canto a Junín del excelso Olmedo.

En tertulias literarias se fue incubando en Venezuela la idea de la revolución; en la Nueva Granada, Nariño, D. Manuel del Socorro Rodríguez y doña Manuela Santamaría de Manrique, fundaron centros de estudio que fueron la fragua donde se forjaron los futuros próceres.

Eran momentos de solemne expectación: azules lontananzas y auroras de libertad se anunciaban en el horizonte; la filosofía escolástica, en visible decadencia, debido a los malos métodos que se emplea-

ban para enseñarla, a pesar de ser escuela de sobriedad, fue sustituida por el sensualismo que da preponderancia a la imaginación con perjuicio del raciocinio; después el ejemplo de poetas románticos, cuya lectura era la más preferida, entre los cuales estaban Byron, el atormentado soñador, cuya muerte fue digna de su agitada y poética vida; Zorrilla, el cantor gentil, músico de la palabra escrita, dueño del ritmo delicado y ligero, en cuyas estrofas se escuchan el trueno del mar y las quejas del viento que pasa por entre las cañas; Espronceda, arrebatado y frenético; Abigaíl Lozano, tierno y cadencioso, y Víctor Hugo, ese hombre que fue cóndor y jilguero; todo esto contribuyó, digo, a dar a nuestra literatura un sello especial que la distinguió por mucho tiempo, sin olvidar que los estudios clásicos fueron muy de moda en aquellos días y que eran la fuente más rica para los intelectuales. Estas causas sumadas a las circunstancias de la época, son la razón de ese no interrumpido estado de elación en que vivían los fundadores y organizadores de la patria; que la pomposidad fuera la nota característica de su estilo, y que del romanticismo poético se pasara al político lo que fue origen de muchos errores administrativos que debemos excusar, ya que la más noble intención animaba a nuestros patricios, pues ellos no tenían experiencia de la vida de gobierno, debido al sistemático aislamiento en que en este punto, mantuvo la metrópoli a sus colonias.

Como en lo económico y en la naturaleza toda, en el mundo del espíritu hay leyes que se cumplen constantemente; por esto el florecimiento de una u otra escuela literaria no depende del capricho de los hombres; el artista es hijo de su tiempo y no puede sustraerse a las influencias sociales; en muchas ocasiones el cantor va hacia atrás, ya que lo pasado, por lo prehistórico y nebuloso, es poético, pero siempre ha de partir de lo presente, pues las bellas artes siguen paso a paso la marcha de la civilización; son

su coronación, su ápice. De muy distinta manera cantaron Anfión y Homero, y no es uno mismo el acento de los bardos del norte, que a toda hora ven cernerse por entre las brumas que los cubren a esos númenes extraños que ora los protegen, ora los atormentan, al de los meridionales que moran bajo los claros rayos de un eterno día.

Es fácil apreciar en Colombia la diferencia del estilo de las distintas zonas. Los escritores de la me-seta donde está asentada Bogotá tienen cierta graciosa blandura en el decir y una manera peculiar de envolver en dulces frases los más abstrusos argumentos; los antioqueños, en cambio, vibran una pluma recia y maciza que parece ser la expresión psicográfica del temperamento de este pueblo que piensa y observa sin preocuparse por la forma; aquéllos piensan y escriben como atenienses; éstos como la-cedemonios.

Si queréis convencerlos de la verdad de mi aserto comparad las obras históricas de Groot y de Restrepo; el primero narra los sucesos con especial donosura, esmalta su estilo con gracejos y anécdotas, comenta, filosofa y declama; el segundo relata los hechos, los comprueba, emite secamente su opinión, pero sin poner un átomo de sentimiento; por esto critica, sin ahondar en la significación psicológica, actos tan hermosos como la procesión triunfal con que fue conducido el corazón de Girardot a Caracas y moteja de románticos y exagerados los honores que se tributaron al héroe del Bárbula.

* * *

Durante el régimen español permaneció la Provincia de Antioquia alejada por completo del movimiento civilizador; esparcidos los habitantes en dilatadas y despobladas regiones, sin vías de comunicación, llevaban una vida patriarcal, pero primitiva; según lo asegura D. Mariano Ospina Rodríguez, en 1760, año en que nació don José Félix de Restre-

po, "no había en toda la Provincia más establecimiento público docente que una escuela de primeras letras en cada una de las ciudades y villas, y esos establecimientos no se mantenían constantemente." Es sabido que sólo llevaban el título de ciudad Antioquia y Rionegro y de villas Medellín y Marinilla.

En 1783 compararon los oficiales reales a Antioquia con las provincias africanas; tales eran la miseria y atraso de entonces; el ilustre Mon y Velarde calificó de idiota al pueblo antioqueño.

La educación de la familia la hacían los mismos padres, cuando no encargaban de ella a unos maestros ambulantes, profundamente escasos de saber, y los ricos enviaban algunos de sus hijos a estudiar en Santafé donde se doctoraban en Teología o en Jurisprudencia.

Veamos algunos de los más importantes literatos que han figurado en Antioquia, de la época a que me he referido a hoy: la reseña ha de ser corta e incompleta.

José Félix de Restrepo no era literato consumado; fue un egregio educador, un íntegro magistrado, un ejemplar de ciudadanos; amaba sí el estudio de los autores griegos y latinos, y según su biógrafo, en los pocos escritos que de él quedaron, se notan claramente tan gloriosas huellas.

Como maestro dirigió el Seminario de Papoyán, fuente donde bebieron ciencia, virtud y patriotismo Zea, los Ulloas y mil eminentes hombres más que, cual estrellas de primera magnitud, resplandecieron en el cielo de la Patria.

Fue D. José Félix renovador de los métodos para la enseñanza de Filosofía, la cual dió en la capital del Cauca, en esta ciudad y en Bogotá. En Medellín contó entre sus discípulos a Alejandro Vélez, a Pedro Uribe Restrepo, a Francisco de Paula Benítez y a otros esclarecidos ciudadanos.

El título más insigne del sabio Restrepo, después del que le dan sus prendas morales, es el haber

sido autor de la Ley de manumisión de los esclavos. Esta tierra altiva no ha sido propicia para la tiranía; aquí se mecieron las cunas del redentor de los negros y del poeta de la más bella garantía que ha dado Dios al hombre: ser libre. Unamos en vínculo glorioso al magistrado y al vate: lauro por lauro.

D. José Manuel Restrepo fue uno de los colaboradores del inmortal SEMANARIO; su ENSAYO SOBRE LA GEOGRAFIA, PRODUCCIONES, INDUSTRIA Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE ANTIOQUIA es un trabajo que le mereció el aplauso de Caldas.

El señor Restrepo brilla ante todo como historiador; su criterio es justiciero; comprueba lo que dice con documentos fehacientes; su obra es un verdadero monumento. En verdad, su estilo es descuidado, y no tiene el colorido del de Posada Gutiérrez, mas su labor en este campo, así como en el de la Administración Pública, es digna de todo encomio.

De pies, señores, porque voy a hablar del excelso hijo de Medellín, D. Francisco Antonio Zea; profesor de Ciencias Naturales en Santafé y en Madrid, miembro de la Real Expedición Botánica; en la capital de España sucedió a Cavanillas en la dirección del Jardín Botánico; presidió el Congreso de Angostura; fue compañero y amigo íntimo de Bolívar, diplomático, poeta y orador.

Zea era un hombre especial: de imaginación ardiente, vivió siempre en continuo entusiasmo; aplicó a las ciencias, a los escritos en prosa y en verso y aún a la gestión de altos negocios internacionales aquel fuego que le devoraba; aquella pasión por lo noble e ideal. De aquí la salternativas de su agitada vida: ora le contemplamos complicado con Nariño en rebeliones, ora proscrito, pero salvado merced a su ciencia; cuándo envuelto en el manto de la patria, presidiendo congresos y haciendo resonar su épica voz en las selvas del Orinoco; cuándo siguiendo de cerca al Libertador en atrevidas empre-

sas; ya haciendo aparecer a Colombia, aún con perjuicio del crédito, como una joven república que, semejante a Minerva, había nacido armada de todas armas.

Fue Zea escritor vigoroso, aunque demasiado romántico; ninguno como él se resintió tanto de los excesos de esa escuela que, sin duda, cuenta en sus anales muchas bellezas, que la crítica literaria debe admitir y admirar, pues, como sabiamente dice Menéndez Pelayo "cada época tiene sus ridiculeces, y no serán pequeñas las que en nosotros descubran los venideros. Es cierto que el tipo del hombre de letras durante el primer tercio de nuestro siglo, adoleció constantemente de afectación y falsedad, de cierta **pose** y aparato teatral, que en Chateaubriand, Byron y en otros muchos llega a ser intolerable."

Seguramente fue Zea uno de los americanos más eminentes en los tiempos de la Independencia y ello se comprueba porque, a pesar de no ser hombre de espada, condición indispensable entonces para sobresalir, desempeñó altos puestos y gozó del respeto y de la confianza del Padre de la Patria. El, con su pluma y con su verbo grandielocuente también ganaba batallas y en EL CORREO DEL ORINOCO pregonaba las glorias de los próceres y atraía soldados y adictos para la guerra.

Su discurso sobre "el mérito y la utilidad de la Botánica", es, en concepto de D. Marco Fidel Suárez, la más perfecta acaso de sus obras literarias; además, su composición en verso A LA INVASION DE LOS FRANCESES, a pesar de algunos giros bastante prosaicos, no carece de mérito por lo fluída y fogosa, y por último, como final elogio de este eminente antioqueño, he de decir que la poesía de Francisco Antonio Zea, antes que en sus estrofas estaba en su vida, la que fue un culto no interrumpido a la ciencia, a los más bellos ideales de la Patria.

En Rionegro, cuna de Liborio Mejía, nació en el año de 1784, en el limpio hogar del Coronel D.

Diego de Salazar y Magdalena Morales, un niño que se llamó José María y que ocupa puesto muy distinguido entre los hombres de letras de Colombia.

Siendo aún estudiante en Santafé, escribió Salazar una composición en verso en que celebraba los regocijos de la ciudad por la llegada del Virrey Amar y Borbón. Al doctorarse nuestro compatriota obtuvo tan visible triunfo que el citado mandatario se levantó para abrazarlo y felicitarlo muy calurosamente.

Se ha dicho que Salazar fue el poeta áulico del desventurado Amar y Borbón; no parece justo que se ponga tal sambenito en la memoria del que sirvió a Colombia con eficiencia y cantó sus triunfos, también el perillustre D. Andrés Bello dedicó un poema a Manuel de Guevara y Vasconcelos, Capitán General de Venezuela, y Fernández Madrid, a quien tan cruel e injustamente trata Menéndez Pelayo, antes de cantar al Libertador había dedicado una oda a "España salvada por la Junta Central."

Salazar estaba de Vicerrector del Colegio que en Mompós había fundado D. Pedro Martínez de Pinillos; era Rector de dicho instituto José María Gutiérrez Caviedes, a quien por sus vehementes discursos apellidaron el **fogoso**.

Salazar fue un versificador poco feliz; su escuela era del pseudo-clasicismo, lo que se revela hasta en algunos temas en que se inspiró como el SOLILOQUIO DE ENEAS Y EL SACRIFICIO DE IDOMENEO. Respecto de su ensayo épico titulado COLOMBIADA, dice un gallardo literato que es de "esailo lánguido, per oesmaltado a veces de sonoros versos y hermosas sentencias." La prosa de Salazar era vigorosa y grave; la descripción de la cascada del Tequendama, citada por Vergara y Vergara, es un primor en su género.

Un mérito ante la historia tiene José María Salazar: obligado a salir de la Nueva Granada, se dirigió a Caracas, donde fue espléndidamente recibido

por Miranda, quien le nombró ministro ante el Gobierno de Cartagena. Estando allí llegó fugitivo Simón Bolívar, futuro libertador.

Fue nuestro compatriota quien se esforzó por acreditar al ilustre desterrado hasta que consiguió que se le encargase del mando de las fuerzas de la ciudad heroica. El vate rionegrero adivinó el genio de ese otro poeta que había de escribir con su espada el más bello poema que registran los anales de la historia.

En Envigado vinieron al mundo José Miguel de la Calle y Miguel Uribe Restrepo. El primero fue el más elocuente orador sagrado de sus días y sucedió al eximio Juan del Corral en la dictadura de Antioquia, y el segundo brilló también por sus dotes oratorias y por su profunda ilustración; tuvo la honra de reemplazar al sapientísimo Caldas en la clase de matemáticas e Ingeniería que dictaba en Medellín en 1814. Cuentan que quedó loco al ver balancearse, destrozada por las balas españolas, la cabeza de su educador Camilo de Torres. Uribe Restrepo fue maestro de Manuel Uribe Angel, notable como médico, como escritor y como docto en la geografía y en la historia.

D. Juan de Dios Aranzazu fue egregio hombre público; Secretario de Relaciones Exteriores en la administración del General Santander, y de Hacienda en la del Dr. Márquez. El señor Aranzazu, dice el eminente Salvador Camacho Roldán "tenía un espíritu cultivado, admiraba y conocía los clásicos antiguos". Fué su casa, en la capital de la república uno de los más brillantes centros literarios y políticos, y escribía con relativa corrección y galanura. En verso conozco de él LA INMORTALIDAD DEL ALMA, composición filosófica de no despreciable valor literario.

Por lo que se ha visto en la época que he estudiado a la ligera, no se ha hallado un genuino poeta antioqueño, pero cabe observar que en esos tiempos

ni aun la Nueva Granada dio un vate verdaderamente grandioso. Fue sólo en la segunda época de la república, cuando surgieron en todo el país verdaderos inspirados.

Entonces aparecieron hombres superiores: Julio Arboleda, esa ave de tempestad que pasó cantando por nuestro cielo; José Eusebio Caro, poeta-filósofo, de plectro de oro que derramó notas sin cuento y que es uno de los más ilustres hombres de la América; era el más lírico de los musagetas de Colombia, pues, como de él dice Rafael Pombo:

«Su estudio, el corazón; única fuente
Del verbo que arde y late y saca llanto,
Que açera el verso, dardo de la frente,
Y da su eterna resonancia al canto.»

Estos y otros ingenios lucían en el país: Bogotá era entonces la verdadera Atenas Americana.

A este culto centro se dirigió a terminar sus estudios Gregorio Gutiérrez González, al amparo de su ilustre primo Juan de Dios Aranzazu. Gutiérrez oyó las lecciones de Retórica que daba Diodoro Pascual y cuentan que fue uno de los más aventajados alumnos.

Así se educó el poeta que en estas montañas había de despertar con sus acentos mágicos de su lira los más ocultos sentimientos de este pueblo nacido para las ciencias, para el progreso y para las artes; él suavizó las costumbres, demasiado severas y primitivas de los habitantes de este Departamento; fue el maestro de estética natural, y así su musa, fresca como las ondas espumosas de Aures, tierna como los arrullos de la paloma y recatada como la flor de la batatilla, idealizó las más agrestes labores, ennobleció el cultivo de la tierra y elevó un encumbrado canto al trabajo honrado del campesino antioqueño.

No fue Gutiérrez González un humanista consumado; en sus producciones no se notan reminiscen-

cias de insignes autores; él cantaba por vocación como el jilguero; no parece que su MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAIZ haya sido inspirada por las Geórgicas del inmortal mantuano, como fue la Silva de Bello A LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA; el venezolano era discípulo del latino y, como se sabe, fue sapientísimo filólogo; lo que sí es cierto es que el fondo moral de las composiciones citadas, es uno mismo: hacer que el campo sea una escuela de trabajo para que se formen buenos ciudadanos: **Magna parens frugum, magna virum**, llama el autor de la Eneida a Italia.

Es el antioqueño eminentemente observador; por esto no es extraño que tan bella cualidad se manifestase bien pronto en la poesía y en la novela: abandonados ya los temas de la antigüedad, abstractos y pesados, pesado un poco el noble entusiasmo que produjeron las hazañas de la Magna Guerra, era natural que el arte se tornase objetivo, buscando en la naturaleza fuentes de inspiración.

LA MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAIZ es obra de grande aliento; pertenece, en concepto de los críticos, al género didáctico-bucólico; sorprenden en tan importante trabajo la precisión en las descripciones; la fluidez de la frase, casi siempre armoniosa; la exactitud de los símiles y la fidelidad asombrosa con que pinta las faenas del campo: es que el poeta, como el rey de la Mitología, convierte en oro cuanto toca. ¡Excelsa misión!

Gutiérrez González fue supremamente lírico; todas sus composiciones llevan el sello de su personalidad; por ellas discurre esa dulce tristeza sal del arte muy distinta por cierto de aquella sensiblería, propia de los bardos llorones por sistema y afectación; Pombo opina que sólo MI DULCE SOLEDAD adolece del defecto últimamente mencionado, aunque no hay plena certeza de que le pertenezca.

Prueba de cuán intensa fue la obra poética de

Gutiérrez González es la popularidad de que gozó, la cual era hija del conocimiento que de él tuvieron las multitudes y de la convicción profunda de la manera como el artista interpretaba el alma social; por esto lo apreciaron y le rindieron el tributo de admiración y cariño.

Camacho Roldán cuenta cómo «una muchacha rolliza, avispada, con gruesas y brillantes trenzas de cabellos, vivo clavel en las mejillas, enaguas de **frisa**, camisa bordada y sombrero raspón», derramaba una tarde lágrimas, en una modesta botillería de Bogotá, recitando ante Manuel Pombo y el amable Antíoco aquello de:

«Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Hereditad de mis padres, hondo río,
Casita blanca.... y esperanza, adios!»

Admito que la poesía sea aristocrática, pero no quiere decir esto que ella desdeñe modestos temas, ni que deje de bajar al fondo humilde de la plebe para sacar de allí el objeto de sus cantos; así el poeta popular es aquél que ha vivido en su tiempo, que se ha hecho partícipe de los dolores y goces de sus contemporáneos; que ha sabido cantar las hazañas de los héroes, el placer de los magnates, el dolor de los humildes, que ha vertido sobre las úlceras humanas el aceite divino del arte y que se ha elevado hasta Dios para buscar en El consuelo y conseguir una vida ultraterrena, donde el sol de la dicha no se oculta, ni la felicidad acaba. Los gondoleiros de Venecia entonan las más sentidas estancias de Tasso, así como en Inglaterra admiran a Shakespeare tanto los lores como los hijos del pueblo; es que, como dice Rodó, «dar a sentir lo bello es una obra de misericordia.»

Existen obras genuinamente elevadas, propias de espíritus selectos, pero no implica esto que sólo ellas deban figurar con honor en el Parnaso; aedos

incomparables fueron los autores de la Carta a los Pisones y de Fausto, pero también quemaron su incienso, aunque en distintos pebeteros, Espronceda y Zorrilla, Lozano y Calcaño.

Debo decir algo del «turpial de las cabañas antioqueñasé, esto es de Epifanio Mejía, discípulo o hermano mayor de Gutiérrez González, de ese poeta loco cuya apoteosis imperecedera hizo en solemne ocasión Juan de Dios Uribe, aquel prosador vibrante, cuyas frases fueron como latigazos de fuego que en muchas ocasiones quemaron de una manera inclemente a sus enemigos políticos.

El cantor de LA TORTOLA y de LA CEIBA DE JUNIN no fue tan fecundo como el enamorado esposo de Julia; éste más ideólogo, más espontáneo, más rico; aquél más tierno, más delicado, más gentil. Mejía no voló por altas esferas; fue el ave amiga del alero paterno; tuvo por horizontes los del terruño, siempre luminosos y suaves.

Sin duda, cuando Epifanio se levantó a mayor altura fue cuando cantó en arrebatado himno a la libertad; esas estrofas son llama que brota del alma independiente del habitante de estos montes; son la coronación de la labor poética del autor y, a pesar de ciertos saltos líricos, un poco duros, es EL CANTO DEL ANTIOQUEÑO una pieza de gran valor.

Vamos en una época en que esta sección de la República ha entrado ya en franco desenvolvimiento intelectual; tras Gutiérrez González y Epifanio Mejía viene una pléyade de escritores en prosa y en verso que honra sobre manera a las letras nacionales.

Muy cerca de los anteriores están: Basilio Tirado, dulce y sentimental cantor; Arcesio Escobar, vate cristiano y conocedor profundo de la literatura inglesa, autor de varias piezas que revelan al inspirado y al caballero sin tacha; Camilo Antonio Echeverri, discípulo de Víctor Hugo, espíritu inestable, pero altamente cultivado, cuyos escritos muestran

al observador profundo, al pensador hondo y al apuesto polemista; Domingo Díaz Granados que fue a morir en Barranquilla, arrullado por el trueno del mar y por los acordes sin igual del POR QUE NO CANTO? y en cuya sepultura brilla una luz más intensa y gloriosa que del cocuyo; Federico Jaramillo Córdoba, de familia procera, tan impetuoso orador como fácil versificador y diestro periodista y, sin duda, una de las más encumbradas inteligencias que ha tenido Antioquia; Juan de Dios Restrepo, escritor de costumbres, tan correcto en el decir como psicólogo en el describir; Isidoro Isaza, aquel benemérito institutor, tan injustamente relegado al olvido, que hizo de EL OASIS algo como un hogar intelectual donde hallaban los jóvenes estudiosos cariño y amplio campo para lucir sus facultades; él fué entre nosotros, más o menos lo que el caballero Vergara y Verga en Bogotá: un padre de los amantes de lo bello.

Pasada la vista por las páginas de EL CONDOR, EL ALBUM, EL LICEO ANTIOQUEÑO y por el precioso libro ANTIOQUIA LITERARIA, colección esta última del diligente bibliófilo D. Juan José Molina, donde veréis cuán vasta fue la labor intelectual de entonces y hallaréis escritores tan distinguidos como el Ilmo. Sr. Manuel Canuto Restrepo, Eduardo Villa, José Ma. Martínez Pardo, Pedro A. Isaza, Juan C. Arbeláez, Ricardo López C., Clodomiro Castilla, Ricardo Campuzano, Demetrio Viana y José Ma. Facio Lince que sacan adelante la aseveración de Isidoro Laverde Amaya cuando dice que «a juzgar por los materiales que trae (ANTIOQUIA LITERARIA) y por el número de nombres que contiene hubiera de pensarse que es Antioquia el Estado donde el movimiento intelectual ha recibido mayor impulso.»

Altísimo poeta fue D. Fidel Cano. Toca a él la honra de haber sido el primero que en nuestro Departamento reunió y publicó por cuenta suya sus

poesías. Por tan fausto suceso la notable Corporación de EL LICEO ANTIOQUEÑO lo felicitó con la siguiente proposición que fue aprobada el 10 de octubre de 1884:

«El Liceo Antioqueño felicita cordialmente al señor D. Fidel Cano por la publicación de sus hermosas poesías y por ser el único hijo de Antioquia que en los últimos años ha hecho imprimir por su cuenta trabajos de este género, dando así un impulso eficaz a las letras patrias. El Liceo, al presentar sus plácemes al señor Cano, desea ardientemente que la patriótica obra por él emprendida, sea tan fecunda en beneficios para la patria como para el autor.»

D. Fidel brilló como escritor de gran corrección, tanto en prosa como en verso; sus poesías son blandas y deliciosas, sin duda la *Silva a UN ARBOL* es el mirto más verde de su corona; es tan sentida como noble en su entonación; los paisajes de la naturaleza se reflejan en su alma con una suave tranquilidad; poseía él aquella *sophrosyne* de que hablaban los helenos; retrataba las impresiones de fuéra, algo así como el lago que dibuja en la clara linfa los sauces y búcaros de la orilla. Los cantos de Navidad en que año tras año celebraba la venida del Redentor del mundo, son inolvidables por su fondo lim-

No he de terminar sin que conste mi admiración pio como por su forma atrayente.

por las importantes revistas "La Miscelánea", "El Montañés", "El Repertorio", "Alpha" y otras que se consagraron exclusivamente al cultivo de las letras. En éstas y en mil periódicos más dejaron huella luminosa Pedro Bravo, feliz traductor de Schiller, Goethe y Lamartine; Alvaro Restrepo, erudito historiador; los Ospinas, tan doctos en las ciencias como en las letras; Rafael Uribe Uribe y Marco Antonio Ochoa que publicaron sesudos estudios gramaticales; Luis Eduardo Villegas y Enero Henao, elegantes y correctos prosadores; Francisco de Pau-

la Muñoz, de vastos conocimientos en varios ramos del saber; Juan José Botero, ventajosamente conocido por sus poesías jocosas; Juan C. Tobón, cuya obra «La Matilde» da grande honra a los méritos del autor; y centenares más que no menciono por no cansar vuestra atención y cuyos méritos sabéis apreciar mejor que yo.

Paréceme que decir mujer y poesía es un pleonasmio; esa dulce amiga, como diría Cervantes, está ante la vista atónita del hombre despertando en él los más caros afectos, ya sea madre, hija, esposa, hermana o amiga. Pero para ser justo he de agregar que no todas las mujeres pueden traducir su fondo de belleza en frases, como lo hicieron Elena Falcio Lince, hija de Medellín, (1) y la insigne salamineña Agripina Montes del Valle, de la cual asegura D. Antonio Gómez Restrepo que, «es la más ilustre de las poetisas colombianas, cuya oda al **Tequendama**, llena de primores descriptivos y de rasgos de exquisita sensibilidad, supera a cuanto han escrito poetas nacionales y extranjeros sobre tan magnífico tema.»

Es cosa admitida en la historia de la civilización intelectual que en las sociedades florece siempre primero la poesía que la prosa. Enio es anterior a Cicerón y a César. La poesía es en su forma más ingenua la primera manifestación del sentimiento: el vocero más amado de los hombres; la expresión más sencilla de las tristezas, goces y amores; grato es oír a nuestros más rudos campesinos, a la hora del crepúsculo y al són de la guitarra o del tiple, entonar sus canciones que dicen mucho de la brega de la vida y son, a veces, envíos de amor a la novia lejana o coplas que lloran la muerte de la madrecita del alma.

La novela y el cuento han tenido en Antioquia egregios adalides: no serán de argumento muy complicado, pues nuestra vida no tiene aún la intensidad

de ese «hervir vividor» europeo, pero sí son espejo en que se reflejan nuestras costumbres.

En los tiempos que alcanzamos Tomás Carrasquilla lleva en sus manos el cetro del novelador; su espíritu sagaz y comprensivo ha descendido a los últimos pliegues del alma antioqueña; es el maestro que con áurea pluma forja caracteres o hace excelentes retratos; Francisco de Paula Rendón no es tan fecundo, pero sí tan delicado e intenso en sus descripciones como el creador de **Peralta** y de **Fru-tos de mi Tierra**; **Inocencia** y **Sol** inmortalizarán su nombre.

Samuel Velásquez, ese aurífice sin par, con sus obras **MADRE** y **AL PIE DEL RUIZ** se libró ya del olvido; Lucrecio Vélez, fluído y fácil escritor; Alfonso Castro de noble e intenso estilo; Gabriel Latorre y Roberto Botero Saldárriga, estetas auténticos; José Antonio Gaviria, quien con **ERNESTO** se llevó verde palma en torneo de feliz recordación; Eduardo Zuleta, escritor de Academia; Alfonso Javier Gómez, de opulenta frase y otros más, decidme ¿no son títulos gloriosos para esta tierra donde es fama que moran los descendientes del pueblo deicida?

Son prez antioqueño: Antonio José Uribe, brillante y fecundo expositor de Derecho; Antonio José Restrepo, de resonante lira y de robusta prosa; Enrique Wenceslao Fernández, émulo de Belisario Peña; Andrés Posada Arango, vulgarizador científico; Efe Gómez, poderosa inteligencia que no hemos sabido apreciar, hombre múltiple que escribe cuentos admirables, pule versos y hace cálculos matemáticos; Francisco Villa López, que se ha conquistado un bello nombre por su estilo sugestivo y hondo; Antonio José Cano, que rima estrofas de inefable dulzura y suma, a lo Stechetti, todos los acordes de su lira en pocas y bien cinceladas líneas; Ciro Men-día, quien tiene «vaso propio y bebe en él», autor de poesías justamente aplaudidas; Carlos E. Restrepo, de levantado pensamiento y frase rotunda; Joa-

quín Antonio Uribe, quien nos deleita con sus inimitables CUADROS DE LA NATURALEZA, en los cuales enseña y canta; los hermanos Restrepo Rivera, sentimentales y nítidos; Obdulio Palacio, el del corte académico y uno de los pocos filólogos del país, lo mismo que Emilio Isaza, sabio gramático de renombre americano.

Falta que coloquemos una corona de rosas rojas en las tumbas de Jesús Uribe, Federico C. Henao, Antonio Merizalde, Francisco Jaramillo Medina y Antonio María Restrepo, cuya fulgente estela no borrará la esponja del olvido.

De manera intencionada he dejado para lo último el nombre de D. Marco Fidel Suárez, cuya fama ha rebasado ya los límites colombianos; es un príncipe de las letras castellanas, en las cuales si tiene quién le iguale no hay quién le supere.

No han cultivado los antioqueños la crítica; hablo de aquella constructiva y analizadora que tiene por maestros a Manuel de la Revilla, Francisco Blanco García, Rafel María Merchán y Miguel Antonio Caro; en este género no se puede citar sino a Baldomero Sanín Cano, el Institutor de la Normal de Rio-negro, quien por su grande ilustración y por el conocimiento que tiene de las literaturas extranjeras, es un crítico que sobresale no sólo en estas montañas sino en nuestra República.

No escasean ciertas bagatelas de crítica **valbuenesca**, es decir negativa y odiosa; ésa puede ser muy buena para desahogar la envidia de ciertas pasioncillas que se esconden como escorpiones en el corazón de almas muy pequeñas. Lo científico es serio, reposado, nunca rastrero ni mezquino.

Hay artistas auténticos en Antioquia; no conceptúo que hayamos degenerado; pero sí existen, en mi humildísimo sentir, algunas causas que han adormecido el amor por lo bello.

En primer término debe considerarse que nuestros planes educativos son muy deficientes y por lo

tanto nada propios para despertar en cada individuo las facultades más preciosas, que, bien utilizadas, darían resultados maravillosos. Como nuestra educación es incompleta, no se forman ni técnicos, ni estas, ni agricultores; se da en los colegios un baño ligero que crea bachilleres que fracasan en la lucha, por falta de poder de adaptación; es necesario educar integralmente para que cada cual se forme en armonía con sus inclinaciones.

Con un criterio unilateral razonan los que quieren a todo trance que se dé preferencia exclusiva a lo que impropriadamente llaman estudios prácticos; «no sólo de pan vive el hombre», dijo el Salvador; los pueblos han menester industriales, comerciantes, electricistas, hombres sabios y poetas que sean faros que sirvan de guía a la sociedad. Que se construyan a todo trance ferrocarriles y calzadas, pero que también se den medios de expansión al alma que canta, aprisionada en esta cárcel de carne y hueso y que suspira por lo infinito.

Otra causa de la decadencia del arte es la **politi-
tiquería**, esa peste infecto-contagiosa que mata a las democracias hispano-americanas; ella se ha absorbido y ha anulado facultades que deberían ser para las ciencias. En Colombia la política es algo como un circo romano donde no hay gigante que no sea vencido, ni armiño que no se enlode, ni cristal que no se empañe. Cuantos saltan a esa palestra salen de ella heridos de muerte moral, desgarrada la capa y lacerada el alma.

Pasamos actualmente por un tiempo muy semejante al que describe de manera magistral Guillermo Ferrero cuando, decaída y anarquizada Roma, todos los valores morales estaban invertidos; solamente prosperaban aquellos ignorantes que en alas de la intriga escalaban las alturas que deberían ser para las verdaderas águilas. Esos turbiones tan frecuentes entre nosotros favorecen a los analfabetos que, escudados por el anónimo y ayudados por la adu-

lación, se dan a la tarea de insultar y denigrar; así se hacen en pocos días varones egregios y se adueñan del nombre que han arrebatado con farsas a los limpios de alma que antes que arrastrarse prefieren morir ignorados en un ambiente caldeado y mefítico.

En estos países donde lo embrionario del progreso no ha permitido la división del trabajo, es muy difícil que los escritores y sabios formen una casta, independiente de estas luchas políticas; de aquí el tener que contemplar hechos deplorables como el de que un Olmedo hubiera celebrado el triunfo de Miñarica, combate fratricida, con la misma lira con que cantó a Junín. Que el vate llegue a las luchas, que pelée, pero que se respete y descienda «como Santiago en medio de las huestes ibéricas-luminoso, aéreo, armado a lo divino», según la frase inmortal de Miguel Antonio Caro.

Abramos campo al arte; demos un asilo a nuestra señora la Poesía; que la juventud huya de la enmarañada selva donde habitan las furias; que se interne por los montes sagrados donde florece limpio el pensamiento, que surjan las fuerzas dormidas, que los corazones y las inteligencias alcen la mirada hacia la virtud y hacia lo bello, que son prenda y esperanza de cielo.

Tomás Cadavid Restrepo

Noviembre — 1921.